

Aladino

Sandra Castrillón

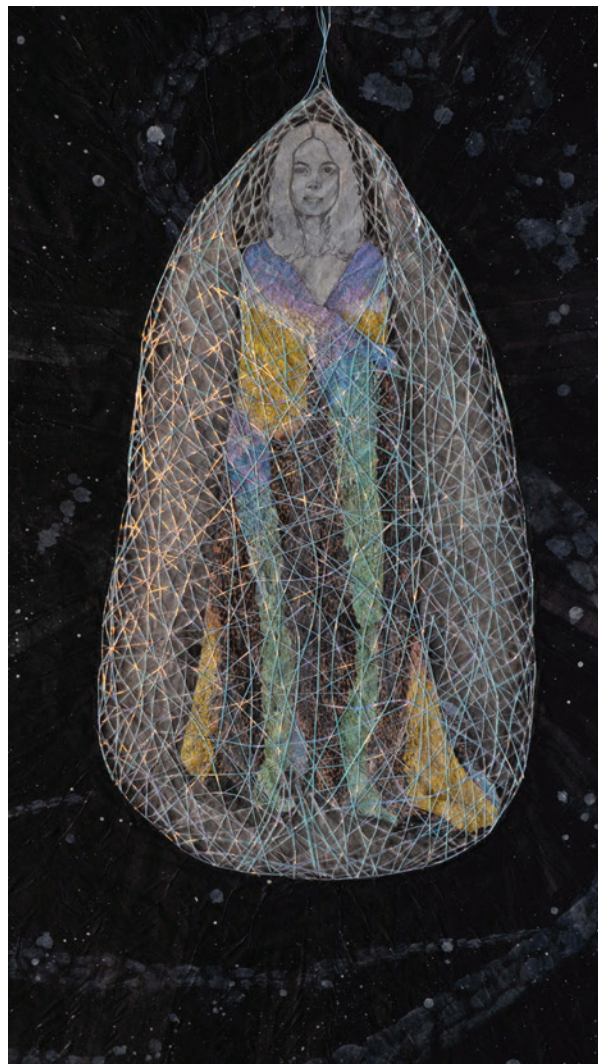
Ese nombre tuyo no lo memoricé de inmediato. Tuviste que repetirlo varias veces, la noche de la fogata en el aeropuerto cuando el vino iba y venía y alguien te presentó con toda tu inaudita ausencia que te hacía brillar de anonimato. En ese bosque de luces y humo, alcancé a distinguir tu figura de espadachín con ese cielo de fondo, transparente y unívoco.

—¿Bayron o Byron?

—Byron —volviste a decir— y sonreíste.

Tu sonreías, como amable, como a tu pesar, cuando eras ese chico adusto de camisetitas pintadas a mano y pantalones con cargaderas que nadie más usaba, como tampoco usaban tu sombrero y las botas de Aladino que yo sentía en el concreto de artes donde era tan incómodo y tan espléndido tener sexo. Rugoso era el concreto y rugoso el cuero que envolvía tus pasos menudos y pausados, sin prisa, que no llegaban puntual ni tarde.

Nunca tuvimos sexo en una cama, siempre fue en la universidad, en la tierra, en el cemento, en las lisas o rugosas paredes, en elevados marcos de ventanas donde la cúspide de los árboles servía a cierto límite para mirar, para respirar, para entrever que todavía la tierra acechaba allá abajo, aunque el cielo fuera tan posible de aprehender. Porque nunca salimos a caminar la ciudad o fuimos de visita a un pueblo. Nunca hablamos pegados al teléfono hasta el amanecer, ni nos dedicamos una estrofa de Portishead o nos recitamos algún trozo de Pizarnik a la que musitabas. La única vez que quedamos de vernos, en el bar del centro, yo no fui y tú te encontraste con aquella bala que perforó tus pulmones y luego tu corazón.



Juliana Domínguez. *Refugio*. Tinta, acrílico y lámina iridiscente sobre papel tibetano. 47 x 75 cm. 2020

No logro recordar la razón por la que no fui a aquella noche a La Arteria, una noche de viernes en las que solía pararme de la acera del bar, aturdida de palabras y de humo. No fui, y alguien se encontró contigo para dispararte a traición en una fría calle del centro. A galope volaron de tu morral cientos de panfletos donde se convocaba a una rebelión universitaria.

Las figuras pintadas en aquellos volantes tenían el sello de los rostros de los seres grises y mustios que tan obstinadamente repetías en tus bocetos. Tú que eras el hombre de las injurias en el papel, de los aerosoles vociferando en las paredes, debiste haber gritado antes de caer y creo que aquel fue tu último grito, no para dolerte de ese proyectil que detuvo el tranquilo batir de tu corazón, sino para dejar constancia de que objetabas cualquier cuadrícula donde pretendieran inscribirte. Tú, que no sabías hablar en voz alta, pero desconocías el asentimiento; tú, que odiabas correr o leer de prisa y que no gustabas de las estancias permanentes en un solo lugar; tú, que aspirabas el aire como si corroboraras algún presagio venido del poniente, esa noche tampoco supiste correr y caíste lentamente, como una de esas plumas con las que escribías después del vino y la brocha.

Nunca te vi desnudo por completo. Siempre fue ese rozamiento de camisas y pantalones y el suspenso infinito de que iban a pillarnos. Nos pillaron una vez. Ese celador amable que nos dijo: “niños, aquí no, pórtense bien, váyanse a casa”. Fue en el bloque uno, el de biología, el que olía permanentemente a formol y acetato, a una planta carnosa que entreveía constantemente el aire a la espera de tragárselo.

Hoy he soñado contigo.

Tu rostro aparece sin esfuerzo en mi elaboración onírica, un chico del Sahara, nacido allí, imaginado allí y si hay posibilidad de cielo, allí debes caminar gustoso del polvo que levantan tus zapatos de Aladino. Porque tu cara era morena, una tez oscura aferrada a los huesos como una máscara de buena adhesión, sobresalientes aquellos pómulos, generosos los labios que se cerraban tercios en un silencio que nunca me interesó descifrar. Siempre supe lo que queríamos, me gustaban esas sombras que se insinuaban en conspiración con la casualidad, deambulantes y reacias a un calen-

dario que no fuera el azar. Yo sabía que quería tu asalto a medio camino, una frase entrecortada que me era tan suficiente, en medio de esa incapacidad de largas conversaciones que me agobiaban. Quería lo que tú: el más delicioso de los silencios para manosear la noche y tu cuerpo y tú querías esos encuentros sin nombre, sin horas, donde al pasar me rozabas un dedo y yo asentía, sí, al aeropuerto, sí, al teatro al aire libre, sí, al aula de piano donde ese ángulo de las paredes ofrecía lienzos tan perfectos para un apareamiento diestro y extremo.

Soñé contigo.

Te busqué en ese salón de danza que cruza el teatro de extremo a extremo, desde arriba, desde donde uno imagina que saldrá el fantasma de la ópera. Te busqué en aquel salón, medio oculto, abrigado de espejos que multiplicaban la imagen como una distorsión pasajera de la percepción. Iba decidida a interrumpir una clase, tu clase. ¿Qué me impulsaba a abandonar mi papel de Maga, aquella que te veía solo cuando lo fortuito así lo disponía? Mis pasos, uno delante de otro, hacían un video a toda marcha, en mi lentitud confusa de soñante. Como era mi sueño, no me coincidían mis maneras actuales a esas maneras de sortilegio de primíparos universitarios.

Entré al salón y te divisé de inmediato, sentado en esa posición en la que de manera ineludible te debiste sentar en alguna clase teórica, porque siempre estabas medio colocado en la butaca que daba al lienzo, imaginando ese universo que salía oloroso a acrílico, a óleo pegajoso y dúctil. A veces de pie, incapaz de contener la paciencia frente a esos espíritus que se escapaban de tus manos y de tus ojos. Sé que te figurabas ser Dalí y en un lienzo borrascoso que pintaste para mí se distorsionaban tus ojos, volcados a un llameante abismo.

Entré al salón y te divisé de inmediato, los mismos años para ti, el mismo chaleco de mago o

timador, las botas en aquellos pies reacios a las grandes zancadas.

Y me viste, en mi sueño, me miraste, te pusiste de pie sorprendido.

Nos vimos cara a cara y no me costó ningún trabajo reconocer tus brazos largos y tus dedos de pirata legendario, tus manos que olían siempre a trementina, a óleo disgregado en las uñas. Yo olía aquellos dedos con una obsesión que interrogabas con tus ojos, tu cara fruncida, tan falto de palabras, pero no me quitabas tus manos hasta que me cansaba de perseguir ese rastro y solo quedaba tu piel al carboncillo.

Llegaste hasta mí, en ese sueño en el que teníamos al Camilo Torres a las espaldas, encarándome, sin ningún esfuerzo, en ese silencio imperante, como si preguntaras a qué se debía esa interrupción de tu lejanía, a qué se debía esa búsqueda desde años y años de segundos. A qué se debía que llegara yo allí, de puntillas, a disipar ese reflejo de un mundo de movimientos imperceptibles, de indeterminismo, de paredes imaginadas que cambiaban de lugar apenas un personaje se movía. Por qué había ido yo a parar a esa dimensión onírica, suelta de vigilancia yoica y entregada a un eterno anhelo inconsciente.

Tú de pie, la tinta fresca en el grosor del pincel, todavía no trazada la circunferencia o el dintel debajo del cual habría de aparecer tu personaje. Desdibujadas las referencias que hubieran podido darle consistencia a una mesa, al lienzo, al caballete, perdidas las líneas del tiempo y la mudez deshaciéndose en sílabas inaudibles donde de seguro no me privé de vocalizar la confusa alegría que me daba verte, hablando y hablando, como si aquello produjera un sentido, en esa atmósfera donde lo que se decía se desdoblaba como los relojes del extasiado marqués.



Juliana Domínguez. Detalle *Umbral*. 2013

Las luces dudaron un instante, volvieron a encenderse para volver a apagarse y el escenario fue desencajándose como una yuxtaposición de varios planos, hasta que el entremezclar de aquellas cartas borroneó tu imagen de pintor interrumpido que se pregunta quién ha movido la hojarasca y convocado semejante tempestad. Alcancé a ver una vez más tus dedos manchados de un acrílico indefinido; las yemas de los dedos habían ayudado a sombrear el lienzo y no habías logrado borrar la mancha de color. Tu muñeca y tu mano suelta, desperdigadas en ese mutismo de movimiento y de quietud, se deshicieron y salí del salón hacia esa neutralidad gris que el despertar suele anteponer para que el regreso acople la pupila.

Sin despedirme, sin más roce que el titubeo, crucé esa línea de regreso, todavía alucinándote.

Sandra Elena Castrillón Castrillón. Psicóloga y magister en Investigación Psicoanalítica. Actualmente es estudiante de doctorado en Educación en la Universidad de Antioquia, donde se desempeña como docente en la Facultad de Medicina, Departamento de Pediatría y Puericultura, Unidad de Adolescencia. Ha publicado los libros de cuentos: *Odios, Ellos e Improntas*.